

Abrazarla y dejarla

Beatriz García Peralta Nieto

La miré por detrás y despertó en mí una ternura que hacía mucho no sentía. La abracé y le di sus regalos de cumpleaños. En ese instante debí haberme ido.

El criticado asilo

Mi madre tiene noventa años; es sana y lúcida. Sin embargo, hace cinco meses se cayó y eso le ocasionó una pequeña fractura. Las seis semanas que pasó en la cama para que la fisura soldara disminuyeron la poca fuerza que tenía por su edad y, sobre todo, por su vida sedentaria, lo que le impide ser autosuficiente. Debido a esto, se encuentra en un asilo, nombrado eufemísticamente "casa de reposo", nombre que utiliza como camuflaje de la realidad. El lugar es una casa adaptada; el personal es amable y cálido; la comida, según mi madre, es muy buena. En esta casa se hizo amiga de una mujer más joven que ella —Clara—, quien duerme en el cuarto vecino. Platican tanto que en la noche las callan. Sus ocupaciones son comer y tejer. La mayoría de las personas ancianas que viven allí son mujeres, ya sea porque fueron más longevas que sus compañeros o, como mi madre, porque decidieron quedarse solas. Ver a esas ancianas es desagradable: casi todas son feas, algunas están deformes o limitadas y huelen mal. Clara y mi madre no conviven con ellas.

Dinero

Mi padre le había dejado dinero y una casa para que en la vejez no diera lástima, ni fuera una carga para nadie. Además, ella tenía dos terrenos que compró con sus ahorros. No atendió las razones que yo argumenté para que conservara sus bienes y, contra mis recomendaciones, vendió y perdió casi todo su dinero en una mala inversión. A partir de entonces, se instaló en un departamento en una pequeña ciudad y yo me ocupé de

que recibiera el alquiler de un departamento para que tuviera un ingreso mensual. Cuando asumí toda la responsabilidad por su caída, me enteré de que no tenía ningún ahorro, ya que le dio parte a su otro hijo y ayudó a varios parientes también varones.

¿Te debo o nos queremos?

Su situación me plantea múltiples interrogantes y me impone obligaciones económicas y físicas que a mis 63 años nunca imaginé tener. Soy su única hija mujer, razón por la que se da por sentado tanto en el entorno familiar como en el social que debo ocuparme de ella. Aluden para ello dos argumentos: primero, es mi "obligación por ser mujer", y, segundo, para evitar tener sentimientos de culpa cuando ella muera; son razones que considero absurdas. Pero haga lo que haga mi comportamiento hacia ella no está bien, ni para ella, ni para la "familia", ni para el entorno social. Me pregunto si es una deuda que tengo porque se ocupó de mí o porque quiso estar cerca de mis hijos. Creo que el que sea mi madre no debería implicar para mí tener que pagar una deuda, pero estamos inmersos en una tradición machista y una ideología mercantilista que nos aleja de los sentimientos y nos impone más cargas a las hijas. Las relaciones familiares deberían ser desinteresadas.

No es mi hija; yo no elegí que fuera mi madre. Reconozco que parte de lo que soy se lo debo a ella. Le agradezco que haya tenido la visión de ponerme en una buena escuela, aunque ella lo vea como un error. Porque ella quisiera ser madre de alguien dócil, religiosa e incondicional, y no de una mujer independiente gracias a mi educación.

Reclamos

Me dejo enganchar por sus comentarios que veladamente reprochan lo que más le agradezco. En esos momentos, en lugar de recordar sus esfuerzos, reviven los malos momentos. Reacciono mal, sin reclamos directos pero con comentarios negativos similares, y eso me enoja. A ella parece no afectarle, porque está acostumbrada a un trato de agresión directa con su familia. Además, se ha creado un conflicto conmigo y mis hijos por ella, compite por su cariño y disfruta con los malentendidos.

Esta situación la he analizado en varias sesiones psicoanalíticas; sé que los encuentros con ella siempre son conflictivos, porque dice cosas que me duelen y reacciono mal. No logro recuperar lo bueno porque está enterrado.

Estoy construyendo un mundo que me llena y que no puedo disfrutar, porque me tengo que ocupar de todo lo referente a ella y porque tengo ese largo aprendizaje a su lado del que resulta difícil desprenderme.

¿Por qué asumo ese papel, mientras los parientes critican y se desentienden?

¿Por qué me resulta tan difícil expresar lo que me parece injusto?

Estoy cansada, no puedo ni debo continuar así.

Quiero sólo abrazarla y huir... ●

DEBATE FEMINISTA lamenta profundamente la muerte
de Bolívar Echeverría, maestro
y amigo muy querido.